



AMORES Y PISTOLAS

Santiago Casanova

AMORES Y PISTOLAS

SANTIAGO CASANOVA

LAS GALLETAS DE MAX

Max nunca fue un gato presumido. Hacía mucho que no se miraba en un espejo y lo que vio no le gustó. ¡Gordo como una pelota! Se parecía al balón de baloncesto de Jorgito, pero con pelo, mucho pelo. Seguro que por eso ahora Kity pasaba de él. Será la vejez, porque el abuelo de Jorgito también está muy gordo. Los últimos meses se había abandonado y la culpa es de las nuevas galletas. Están cojonudas. Son inglesas y tienen un sabor exquisito, crujientes por fuera y tan blanditas por dentro que se deshacen en la lengua sin masticarlas y cuesta mucho resistir la tentación de vaciar el plato. Alguna vez sorprendió al abuelo comiéndose las que dejaba. Ni que no le dieran de comer. Antes era un gato estilizado y ágil; pero, desde que Laura le llevó al veterinario, cada vez sentía más y más hambre. Ya no salía a corretear por el barrio. No hacía ejercicio. Igual que el abuelo, que desde que le trajeron aquí sólo sale para ir al médico y se pasa el día en su butaca. Es que el frío quita las ganas de salir de casa y en el sofá se está muy calentito. También le gusta acurrucarse en los cojines de la cama de Clarita, mullidos y acogedores como una nube de algodón. Bueno, sale alguna vez para ver a Kity, aunque las cosas no son como antes y ella se divierte más con Rambo. Se juntan siempre en el mismo sitio, en los arbustos que hay tras los columpios del parque, donde se conocieron. Han pasado dos años. Tuvieron una camada de gatitos al poco tiempo. Los amos de Kity regalaron todos a una gente que vive lejos. Le hubiera gustado conocerlos, por ver si se le parecían, aunque lo mismo se le pegaba alguno y tenía que cuidarle hasta que supiera buscarse la comida él solito. Un engorro. Porque los gatos no son como los humanos. Laura y César están siempre pendientes de Jorgito y Clarita y todo gira alrededor de los niños. Una obsesión. Eso sí, al abuelo no le hacen caso ni cuando habla. A veces se van a dormir y le dejan mirando la televisión y el viejo se queda dormido en su butaca. Menos mal que él está atento, le da en los

pies para que despierte y así se va a la cama. Pero el otro día le fastidió tanto que se comiera sus galletas que le dejó allí hasta el amanecer. Cuando apareció Laura, con esos pelos de fregona que tiene cuando se levanta, creyó que su suegro había madrugado, hasta que vio que se había meado los pantalones y una mancha circular oscurecía la tapicería beige de la butaca. Gritó enfurecida poniendo a Max como ejemplo de lo fácil que es mear donde hay que mear, porque Max, después unos zapatillazos, aprendió a mear siempre en su caja de arena. Amenazó al viejo blandiendo una zapatilla, pero la mirada desnortada del abuelo debió darle tanta pena que le tomó del brazo y le llevó al baño para lavarle. Max no conoció a su padre. A su mamá sí. Antes de que vinieran Laura y César, su mamá se ocupaba de todo, le lamía para que estuviera bien peinado, le reservaba las mejores galletas y le protegía de los perros peligrosos. Pero le trajeron aquí y tuvo que buscarse la vida. Aprendió a cazar ratones, agazapado en los rincones, y a escapar de los perros, metiéndose debajo de los coches aparcados. Claro que, desde que descubrió las galletas inglesas, no salía a cazar ratones y su tamaño empieza a parecerse al del perro de la casa verde. Ni con dos platos de galletas queda satisfecho y alguna vez cruza a casa de Pizca por más comida. Ayer mismo, con la excusa de ir a visitarle, se zampó sus barritas de pescado. Como Pizca está mayor, no se entera y no se enfadó. Además, le debe un favor. La semana pasada le encontró frente a la casa verde del perro gigantón que siempre les gruñe y Pizca estaba tan desorientado que casi se mete en el jardín. Se lo hubiera ventilado en un periquete si no llega a salvarle. Luego tuvo que guiarle hasta su casa porque no recordaba el camino. Pobre Pizca. Es una pena que los años nos pongan así. También está muy gordo y dice que, cuando le llevaron al veterinario y le cortaron los cojuncillos, también empezó a pensar más en comer que en salir a la calle a buscar gatitas guapas. A lo mejor al abuelo también le cortaron los cojuncillos y por eso ya no sale de casa. Total, ¿para qué?

JUEGOS DE VERANO

Era el verano del sesenta y cinco. Era el verano de la yenka y la chica yé yé. Era el tiempo en que yo no sabía cómo se deja de ser un niño después de cumplir quince años y la prima Sabela ya era toda una mujer de catorce. Yo quería llevar pantalones largos como los mayores y ella, con unos pantalones americanos de tela vaquera, presumía de ser la más moderna. Como siempre cuando llegaba agosto, papá, en su cíclico eterno retorno estival a sus raíces, preparó el viaje a Galicia para reunirnos con la familia y alquilamos el mismo caserón de piedra gris frente a la playa de La Lanzada, escenario en el que se repetían nuestros vodeviles veraniegos año tras año. Los abuelos buscando las sombras del jardín y con su eterno miedo al mar. Mi padre jugando sus interminables partidas de dominó al atardecer en el bar de la Cofradía de Pescadores haciendo pareja con el tío Andrés. Y mi madre y la tía Puri llevando la casa porque para ellas nunca había vacaciones. Pero aquel año la prima Sabela no era una prima, no era Sabeliña la de las coletas infantiles y la piruleta de fresa, aquel año Sabela era la mar brava rompiendo sus olas en mi orilla. Por las mañanas íbamos a bañarnos. Tumbados en el arenal, ella sacudía el agua de su melena rubia y rebelde como el trigo alborotado por la tormenta para salpicarme en la cara y que yo le respondiera con cosquillas o suaves empujones. Cuando llevaba mucho rato bajo el sol, su piel de pan dulce recién horneado me buscaba en los límites de la frontera que separaba las toallas extendidas sin que nuestros padres distinguieran que aquel juego de niños se iba alejando de la inocencia entre untes de crema bronceadora. Junto a nuestros pies, medio enterrado, asomaba la cabeza del cubito rojo de plástico con la pala amarilla que mi hermano Juanito usaba para hacer castillos con la arena húmeda y que a mí me parecía una bandera del remoto país de la niñez. Yo quería ser mayor. Durante la hora de la siesta, ajenos a ojos tutelares, escapábamos al kiosco del Club Náutico para bai-

lar las canciones de moda. El segundo día más juntos que el primero, el tercer día tan juntos que me temblaban las piernas igual que cuando llegaba a casa con un suspenso en matemáticas y Sabela se reía y daba vueltas sin parar, orgullosa de sus pantalones americanos y de que todos la miraran por delante y por detrás. En la hora de la cena nos buscábamos por el pasillo de la cocina para rozarnos en el ir y venir de platos del fogón a la mesa, sin hablar, sólo con una mirada que dura una décima de segundo y huye al suelo con la velocidad de un vaso que se te cae de las manos. El sorbo de orujo robado a escondidas, el pitillo que el abuelo nunca echó de menos o el cambio de bañador sin cerrar la puerta del dormitorio, cualquier excusa servía para ser cómplices de un secreto y los ojos de Sabela brillaban triunfantes como los de los forajidos que escapan de la policía sin dejar ni rastro. Una noche, sentados en el porche trasero, mirando las lucecitas de los barcos en un mar negro que se los llevaba vete tú a saber a dónde, me dijo que ella ya no comía piruletas de fresa, me miró como miraba Kim Novak en las películas y entonces entendí que algo iba a pasar en nuestras vidas que las cambiaría para siempre. Fue en una madrugada repleta de pertinaces mosquitos zumbadores que volaban como una escuadrilla de cazabombarderos impidiéndonos dormir y que nos hicieron encontrarnos deambulando solitarios en la oscuridad del jardín. Sabela quiso ir a la playa y que llegáramos al laberinto de rocas alisadas por el oleaje hasta convertirlas en sábanas de magma. Allí podíamos tumbarnos a mirar las estrellas. Quedaban sólo dos días para el final de las vacaciones, agosto era un incontenible buche de agua que se nos escapaba de las manos, la humedad exigía defenderse con un jersey que no tuvimos la ocurrencia de haber cogido y nos acurrucamos muy juntos para no tiritar. Me temblaban las piernas y las manos y mentí diciendo que tenía mucho frío. Aún nos quedaba un maltrecho pitillo de los robados al abuelo. El aire olía a océano bravío y el cuello de Sabela llevaba toques de la colonia de su madre, mi nariz buscó esa estela y temblé aún más. Los recodos de su cuerpo sa-

bían a mantequilla. Los dedos de Sabela, decididos y firmes, dirigieron la orquesta que tocó la música con la que aprendí a ser un hombre y ya jamás volví a jugar a hacer castillos de arena en la playa. Ahora flotaba a dos palmos del suelo. Llegó el día de volver cada familia a su ciudad. Entre ella y yo hubo un adiós seco, burocrático, rodeados de todos, con besos y abrazos entrecruzados, repetidos, los abuelos soltando pesetas a todos los niños y los padres advirtiéndoles que no lo malgastáramos. Pero algo en su mirada me decía que la cita quedaba pendiente para el año próximo en el mismo sitio y a la misma hora. Lloré en cuanto me subí al coche porque el siguiente verano me parecía lejos, lejísimos, tanto como si nunca fuera a llegar y yo quería que mañana mismo amaneciera otra vez en agosto para no atravesar ese invierno blanco y eterno como la Siberia de Miguel Strogoff. Papá me decía que ya era un hombre y que no llorase. Claro que era un hombre, más de lo que él pensaba, pero sólo podía contestar que me daba pena por los abuelos, por no verlos hasta el año próximo y con lo viejitos que eran ya. En los meses siguientes soñé todas las noches con aquel instante que no le conté a nadie. Me metía en la cama y al apagar la luz buscaba ese recuerdo para dormirme en su compañía. Ni siquiera se lo conté a Miguel, mi compañero de pupitre y mi compadre en las correrías por las calles de Madrid, por miedo a que alguien traicionara ese secreto que me hacía sentir como un delincuente, a ratos heroico aventurero y a ratos con una vuelta de más en la rosca de la conciencia cada vez que el padre Mariano nos obligaba a confesarnos y nos hablaba de los pecados de la carne que nos tientan como Eva tentó con el fruto prohibido a Adán en el pecado original. Para intentar darnos más miedo, el padre Mariano agitaba en el aire sus brazos de cuervo previniéndonos de los tocamientos impuros que nos condenarían a arder en los fuegos del infierno. Yo no entendía como la carne de Sabela podía ser un pecado. Me daban igual las chicas del colegio de enfrente a las que Miguel engatusaba con sus chistes, con sus fanfarronadas, y les ponía nombres de manzanas para burlarse de la fruta

prohibida. A mí todas me parecían estúpidas niñas que aún jugaban con sus muñecas, Teresa la Golden, Pilar la Starky, Rocío la Reineta. Todas infantiles, todas más feas que Sabela. Por fin llegó el verano y de nuevo estábamos todos juntos. Los abuelos más lentos, más nostálgicos y yo también llevaba unos pantalones de tela vaquera que mi padre había comprado a un sargento yankee de la base de aérea de Torrejón. Juanito seguía haciendo castillos con la arena que se mezclaban con sus palabras de consonantes mal colocadas y papá y el tío Andrés se reían cuando le explicaban que no se decía tode sino torre ni mandera por bandera. Las partidas de dominó con los pescadores habían incorporado algunas nuevas caras que sustituían a los náufragos de las tormentas del Gran Sol. Mamá y la tía Puri se quejaban de que todo lo que ellas ordenaban en la casa lo desordenábamos los demás en un minuto. La prima Sabela se pintaba los labios con un carmín que tenía el suave color de las naranjas ácidas. La primera noche me susurró que estaba deseando que fuéramos juntos hasta las rocas de la playa para fumar a escondidas y así descubrimos que los cuerpos, cuando cumplen años, dejan de oler a mantequilla para empezar a rezumar el agridulce olor de lo que ya han vivido. Ya no hacía falta que ella dirigiera la orquesta para que la música sonara. Nunca nos prometimos nada, ninguno juró amor eterno, no pensábamos en el futuro, no creíamos en el pecado original y lo nuestro jamás lo sería. Éramos Adán y Eva en un mundo sin manzanas, sin infiernos. Volaron las hojas de los calendarios y siguieron viniendo más veranos. Se nos fue la abuela y el pobrecito abuelo envejeció de golpe un montón de años, se encorvó más y se escondía de todos para soltar alguna lagrimita sin que nadie le viera. Mi padre y el tío Andrés ya eran dos viejos prematuros que se quejaban por todo y sólo sabían discutir de política con cualquier pretexto, ya fuese por el calor o porque llovía. Hasta que fuimos conscientes de que un puñado de años nos cayó encima haciéndonos sentir como adultos de verdad, aunque aún no lo éramos. En las sobremesas fumábamos de los cigarrillos que nos daba el tío An-

drés, sin tener que escondernos, y por las noches nos íbamos a tomar cervezas con el grupo de amigos que había crecido con nosotros durante casi veinte veranos, pero nunca regresábamos a casa sin fumar un cigarro en nuestras rocas. Los ojos de Sabela tenían la serenidad de la marea baja del amanecer y su calma me llenaba de pies a cabeza de algo espumoso que se asemejaba mucho a lo que decían que era el amor. Ya éramos tan mayores que era muy difícil explicar por qué llorábamos como niños al despedirnos el último día, por eso siempre nos agarrábamos a lo que se notaba la falta de la abuela. Aún éramos tan jóvenes que no podíamos decir la verdad como los mayores o como nosotros creíamos que ellos manejaban la sinceridad. En la mitad del invierno del setenta y uno se cruzó en mi camino la primera novia formal a los ojos de todos, de esas que uno ya las sube a casa para conocer a los padres. Teresa, aquella niña a la que mi compadre Miguel llamaba la Golden por sus rizos rubios y que se había convertido en una mujercita preciosa que podía hacerme navegar por la vida sobrellevando el peso de la inmensa piedra de mi nostalgia. Llegaban noticias de Sabela que alegraban a mis padres porque andaba tonteando con un chico que había conocido en la Universidad de Santiago y yo lo asumía con mansedumbre, sin dolor. Pero cuando llegaba agosto no podía pensar en otra cosa que subirme al coche con mis padres y un Juanito lleno de granos para vivir el único amor verdadero que iba a tener en toda la vida. Tumbados en las rocas, nos interrogamos sobre lo que sentíamos en aquella otra vida, la del invierno, y yo no mentí ni ella tampoco. Era algo que había que vivir de esa manera porque no nos quedaba más remedio. El tiempo arrancó otro montón de hojas del calendario y llegó un nuevo verano, otro agosto. Yo dejaba a Teresa en Madrid ayudando a sus padres en la pastelería y Sabela aparcaba a su novio en Lugo para camuflar en el seno familiar ese algo que era sólo nuestro y que seguíamos viviendo con la inocencia de una travesura de niños. Hasta que nos llegó la edad en la que algo nos obligaba a poner un lazo rojo a nuestras otras vidas y redoblaron

campanas de boda. Sabela se casó con el mentecato de su novio, un tipo gris, de manos aburridas y mirada pequeña, al que yo sólo le veía defectos en cada cosa que hacía. Saqué unas oposiciones en el Ministerio de Hacienda y, para celebrarlo, firmé un contrato de amor eterno de clase B con Teresa. Al abuelo, entre alguna lágrima porque la abuela ya no estaba entre nosotros para poder verlo, le hizo mucha ilusión que eligiéramos celebrar juntos nuestras bodas, así veía a sus dos nietos favoritos casándose en la misma fiesta. Sólo ella y yo sabíamos que no lo hacíamos por evitarle al viejo el ajetreo de ir a Madrid. Pero el abuelo se nos fue antes de que Teresa y yo tuviéramos a Teresiña, rubia radiante como su madre, y no pudo cumplir su deseo de ser bisabuelo. Unos meses después, Sabela también fue madre y le puso al niño el nombre del abuelo, Eduardo, mi nombre. Mi mujer aún se sorprende con inocencia de lo muchísimo que se parece a mí el hijo de la prima Sabela, que según iban pasando los años era más y más igual a mí, con los mismos ojos, la misma forma de caminar, la misma pelu-silla dispersa en el bigote que ya había que ir afeitando por primera vez. Teresa, cada verano, nada más verle al llegar al caserón de La Lanzada, repite con alegría que Eduardito es clavado a nosotros y que de la familia de su padre no ha sacado ni un rasgo. Mientras, Teresiña se nos fue transformando en un proyecto de mujer como si un escultor repitiera con reposada paciencia el molde de Teresa a golpe de cincel, igual que era ella cuando también tuvo catorce años, una pequeña manzana dulce. Sin embargo hoy, cuando el sol de agosto ya se había escondido, Teresa no entendió por qué me enfadé tanto con nuestra hija. En un instante entendí porque me duraba tan poco el paquete de cigarrillos en los últimos días y también supe que decían aquellos cruces de miradas silenciosas de los chicos cuando se acababan las cenas. Me costó mucho explicar que estaba seguro de que Teresiña me estaba robando cigarrillos a escondidas, que se escapaba a las rocas para fumar con Eduardito y eso no podía ser. Jamás había pegado a mi hija, ni siquiera en la peor de sus travesuras, pero me volví lo-

co y abofeteé a los dos hasta que les hice sangrar la nariz y les encerré en sus respectivas habitaciones con unos portazos que hicieron temblar el viejo caserón. Nada podía pararme. Sabela me gritó, me zarandeó, salpicó mi camisa con sus lágrimas, su marido quería calmarme con sus estúpidas palabras blandas típicas de un flojo de la vida y Teresa, agarrándome los brazos, me llamaba bestia, salvaje, loco. Luego me escondí en la oscuridad del jardín para llorar sin que nadie me viera.

LA MIRADA DE MARTA

Gritar. No sirve para nada, pero César necesita gritar hasta reventarse las cuerdas vocales para soltar toda la angustia y, de paso, que el hijo de puta que conduce se ponga nervioso y se estrellen todos y a tomar por culo. El grito nace del estómago, animal, cavernícola, y se impone por encima del rugido del motor.

—¡Cállate mamón! —el copiloto se vuelca sobre el asiento trasero y le atiza dos puñetazos en la nariz.

El primero no le alcanzó bien porque le lanzó el puño desde muy lejos, pero en el segundo le dio de lleno. César siente la cara ardiendo y un chorro caliente resbalando sobre su labio superior hasta mojarle los morros y reconocer el sabor de su propia sangre en la punta de la lengua. Se marea, se le nubla la vista. El conductor le mira por el retrovisor y acelera más. El Toyota negro se embala por la autovía con ese sonido limpio de los motores recién estrenados. Tanto ahorrar para comprarlo y ahora todo se va a la mierda. Tan espacioso, tan ideal para cuando tuvieran esos dos niños que tanto deseaban. Marta, hoy no voy a volver a casa, van a dar las diez y no podré contestar al teléfono, serán las once y nadie va a saber donde estoy. Marta, Marta. Cuando el reloj marque la medianoche la duda será una certeza cruel.

No va ser un secuestro. La lección siempre fue clara, si es un secuestro te pedirán calma y te avisarán de que no pasará nada malo si te portas bien, llevarán gafas de sol y un gorro para ocultar su cara. Pero si van a rostro descubierto y ni siquiera te hablan la cosa está clara, te llevan al monte, donde nadie oiga los disparos. Pueden meterte cuatro balazos en mitad de una calle y marcharse tan tranquilos, pero cuando te llevan al monte quieren crear pánico, conseguir que medio mundo se movilice en la desesperada búsqueda de la víctima, que la familia sufra, que pasen las horas y la angustia crezca, que los polis suden la gota gorda rastreando el monte con los perros olisqueando

sin rumbo y los helicópteros llenando el cielo como una bandada de pájaros desorientados, hasta que algún paisano amante de la naturaleza se tropiece por casualidad con un cuerpo inerte abandonado entre la hojarasca y haga la llamada que confirme los peores temores.

El coche sale de la carretera y se mete por un camino rural tan estrecho que las ramas y las zarzas golpean las ventanillas y la carrocería como un batir de tambores. No hay vuelta atrás, fuera de la carretera principal nada puede salvarle. César intenta girarse y subir las piernas como puede, pero con las manos atadas a la espalda es difícil y más aún si la cuerda termina amarrada en los hierros de debajo de un asiento para tensarle el cuerpo hacia abajo y que nadie le viera desde fuera del coche. Intenta lanzar una patada a la cabeza del conductor. Un leve volantazo de izquierda a derecha y el coche roza un árbol. La cuerda no debía estar bien puesta y ante tal agitación se suelta, pero en mitad de la nada ya no hay quien le pueda ver revolviéndose en el asiento trasero pidiendo ayuda.

—¡Cojones, se soltó! Haz que ese capullo se esté quieto — el conductor se gira —. Eres hombre muerto, cabrón, así que deja de joder ya de una puta vez.

El copiloto vuelve a encañonarle con la pistola. El ojo de una nueve milímetros parabellum apuntándole entre ceja y ceja. Da igual ahora que después. Que dispare ya y se acabe esto lo antes posible. César le escupe un espeso salivazo a la cara, luego otro que es un salpicón disperso y un tercer escupitajo que ya es seco e inexistente porque tiene la boca como el esparto.

—Me voy a mear en tu cadáver, desgraciado — el copiloto se pasa la manga de la cazadora por la cara para secarse.

—¿Por qué yo? ¡¿Para qué?! Yo no pinto nada. No tenéis huevos para ir a por uno con escolta. ¡Cobardes!

No puede evitar lo que no quiere que vean en su cara, lo que estuvo conteniendo todo el rato, por orgullo y para no darles ese gusto, y una lágrima resbala por la comisura del ojo izquierdo con la lentitud de un caracol que va dejando su rastro baboso. Se observan cara a cara por una

milésima de segundo, pero el copiloto vuelve la vista al frente.

—¡Ten valor para mirarme, capullo! ¡Mírame a los ojos!— César se siente valiente por un momento, un instante fugaz e inútil porque sabe que ya da lo mismo ser valiente que no serlo—. Mírame para que se te quede grabada en tu cabeza mi mirada toda tu puta vida

—Ya te tengo muy visto. Llevo seis meses siendo tu sombra y ni te habías dado cuenta, pringao.

El coche enfila un camino cuesta abajo plagado de desniveles y piedras que hacen que el habitáculo traquetee y tiemble. Un caserío a la derecha. Otro un poco más adelante a la izquierda. En un jardín, de espaldas a la carretera, una mujer pone la ropa a secar en el tendal, extendiendo una sábana blanca mecida por el leve viento como la vela de un balandro y dos vacas pegadas a la linde del camino que no se inmutan ante el paso del Toyota negro con el motor rugiendo. Grandes ramilletes de amapolas rojas flanquean ambos lados de la valla de madera que cerca la entrada a la finca. Aún vive gente por aquí y tendrán que alejarse un poco, pero ya no serán demasiados kilómetros. No le va a dar tiempo para hacer nada. No hay escapatoria. Se acabó. Si hubiera salido del bar con los compañeros cinco minutos más tarde, quizás diez, no le habrían cazado solo como a un conejo, se habría metido en el coche y se habría ido a casa. Las malditas prisas por irse le habían dejado vendido y le cazaron en el parking de la oficina como a un conejo negro en mitad de la nieve. Sólo por llegar rápido para tumbarse en el sofá y poder ver el fútbol sin perderse ni un segundo, desde el saque de centro. Que hoy juega el Depor, Pablito, y no me lo quiero perder. Y Pablo haciendo bromas con Andrés, que si al galleguito le tira más la tierra de los padres que esto y que para la temporada próxima le hacían abonado del Athletic para que sepa lo que es el buen fútbol. Pero si estás en su lista, si no es hoy es mañana o pasado mañana o el mes que viene. Si ellos se lo proponen, no hay salvación. Marta, Marta, Marta. Mil veces le pidió que lo dejara y él no quiso, por hacerse el héroe, por

fe, por convicción en sus ideas, por la esperanza de que las cosas podían cambiar. Marta, Marta, Marta. Por qué ahora no podía recordar su cara, por qué se le difumina el recuerdo de sus rasgos, de sus ojos, de la forma de los pómulos. Sus manos, la imagen de sus manos es nítida, cortando los tomates en rodajas perfectas, picando cebolla en diminutos pedazos, sus manos alisándose el pelo, sus manos sujetando un libro, con los dedos finos, elegantes y siempre precisos, tocando todos los objetos como si sólo los rozara, las manos de una reina. Pero no puede recordar bien todas las facciones de su rostro. Marta, Marta, Marta, la piel clara y suave. Ahora el coche da un giro a la izquierda para adentrarse en un camino aún más pequeño y en ascenso, obligando al conductor a derrapar para que el vehículo trepe y avance. Se acaba la civilización, ya están muy lejos, tan en ningún sitio como para poder saltarle la tapa de los sesos sin que nadie más que los pájaros escuche el restallar de los disparos.

—¡Dejadme vivir! —hecho un ovillo fetal, pateo los asientos con rabia.

El copiloto se tira sobre él, le engancha por la pechera y le sacude en la sien con la culata de la nueve milímetros parabellum. Y otro golpe, aún más fuerte. Se retuerce para evitar el tercer impacto y aprovecha el gesto para recular contra la puerta izquierda y ver si puede abrir el seguro, pero con las manos así es imposible, en esa postura retorcida los dedos son ciegos, inútiles; además, el maldito cierre centralizado lo controla el conductor con el cuadro de mandos del salpicadero. Es imposible. César se desploma sobre el asiento, siente que no puede más, se rinde. El coche da un tirón, casi se cala en una curva a la derecha con la pendiente muy pronunciada. Intenta mirar por la ventanilla y los ojos se le van a las gotitas de sangre que salpicaron el cristal, hasta que consigue enfocar más allá y ve las hileras de pinos alineadas hacia el infinito, como si sólo hubiera árboles cubriendo la tierra, y un sol muy débil que cuela sus rayos perpendiculares entre cientos de troncos mientras empieza a esconderse tras una montaña.